

Carriedo confesará: "La poesía de A.F.M. es una de las pocas muestras que los españoles de ahora podemos ofrecer de un automatismo depurado... Cuando el verbo nace de la mano de A.F.M. nace de un modo definitivo, ensayado y juzgado... Su adentramiento en el mundo del subconsciente, pese a la innegable cultura voraz, no es solamente intelectual, sino también y sobre todo, intuitivo, espontáneo, producto de su raigambre campesina, de su fidelidad a lo popular y lo cotidiano, ese entorno que nunca dejará de mirar con asombro y que siempre intentará descifrar".

Así es, Antonio Fernández Molina es todo un gran poeta. Poeta en el absoluto y abarcador sentido de la palabra. Un creador. Un ser tocado por el don imprevisible de la magia, capaz de inventar transmundos e inocencias, música de colores y naipes danzantes, estrellas con el cuello cercenado y dedos llenos de lluvia, sombreros con la sombra al revés y paraguas para guarecerse de la desesperanza. La poesía de Antonio Fernández Molina necesita continuamente ser releída, reeditada y morosamente saboreada como un incalificable terrón entre dulce y áspero de libertad y de fantasía redentoras de la prosa que nos viene, que ya nos ha llegado irreparablemente otra vez, ahora mismo. La inocencia, el humor, el paraíso, la caligrafía infantil y subversiva, la risa, la fiesta, el sol anchurosamente desparramado de la estética primitiva, cordial, salvaje, limpia, impecable de Antonio Fernández Molina, ahora como antes, como pasado mañana, son necesariamente requeridos, tal un hallazgo perentorio.

Antonio Fernández Molina es uno de esos poetas que permanecen. Porque en un contracorriente verdadero. Permanentemente insatisfecho desde sus primeros versos su actitud revolucionaria sigue siendo de ley. Los artistas que se echan a andar, como Antonio F. Molina, por los campos de la autenticidad, y logran poder besar entre los ojos a la verdadera alegría de ser y de sentirse diferentes, no cesan nunca de señalar con el dedo el corazón mismo de la libertad. La poesía de Antonio F. Molina es esencialmente libertaria. Un poeta que no es libre no es poeta. Y Antonio F. Molina es por esencia poeta. Un poeta visceralmente removido por sacudimientos siempre imprevisibles. Porque para Antonio F. Molina, y ahí está sin duda alguna la clave central de su talante estético, el mundo no está aún terminado de crear. Los artistas que piensan que el cosmos está definitivamente ordenado se quedan pronto aparcados en el arcén de la existencia. La satisfacción no es propia de los artistas verdaderos. Toda la obra inmensa de Antonio F. Molina es un grito de insatisfacción. Leer a Antonio F. Molina es un susto permanente para la prosa, para lo reglado, calculado, programado, señalizado, convertido en lugar común, en tópico, en seguridad, en instalación. Es la suya una escritura en libertad que posee el secreto de distorsionar la imagen, de conseguir de inmediato la travesura dialéctica, la risa y el esperpento. La poesía de Antonio F. Molina, con una fidelidad a sí mismo, que no ha dejado de conmover a lo largo de tantos años de coherencia, es una poesía que pretende, una vez y otra, pase lo que pase y pese a quien pese, tomar entre las manos la bola del mundo y desflecar los arcoiris, arrancar los rosales y metérselos en el bolsillo, el mar debajo de la gorra, los besos en una bandeja de plata. De apariencia naif lleva su terrible seriedad de adulto en la paleta de todos sus colores, en los cartones de sus garabatos intrascendentemente infantiles, como si fuera, lo es, un niño al que le asusta tanto lo exacto y lo matemáticamente intocable. Todo lo reduce a sueño. Un niño que no sueña no puede llegar a adulto. En Antonio F. Molina hay un corrobullanguero de niños que sueñan en que se pueda vivir, por fin, gloriosamente, en el planeta. A Antonio F. Molina le divierte

